

## PARIR SIGNOS

POR JIMENA NÉSPOLO

*Al Grupo Andino*

**M**i madre no sabe cortar. Puede pedalear por horas la Singer, en una costura derecha o siguiendo los más helicoidales destinos del molde, pero a la hora de enfrentar la tela: se tara. Eso es lo que me explica a mis trece años, al inscribirme en el curso de corte y confección de Doña Pepa, en Villa Morra, al que asisto durante meses sin perderme una clase. Aprendo a diseñar las prendas, a cortar y a coser. Me confecciono una blusa de verano y una pollera, más tarde un pantalón; y al año siguiente ya estoy haciéndole moldes a mi madre y cosiéndole a mis hermanas. Esa destreza me da una seguridad nueva en el gineceo, porque si bien todas tejemos, yo soy la primera que aprende a usar la tijera.

Hace poco leí en el *Diario Regional de Pilar* que un afamado escritor porteño abandonó uno de los cien barrios para instalarse en Villa Morra y anunciarlo a los cuatro vientos como si fuera una proeza. Pronto estará dando talleres, pensé, y de inmediato recordé a mi maestra. Nunca asistí a un taller literario y siempre milité furibunda contra las capillitas... Curiosamente, recién ahora recupero a Doña Pepa, como si la costura, el tejido y la escritura no hubieran estado siempre entramados. ¿Se puede escribir sin adquirir esas destrezas?

Si bien el tejido y la costura fueron mi primera fuente de ingresos durante la adolescencia, por años se me antojaron tareas absolutamente opuestas al ámbito literario. Tenía que conocer a Eduarda Mansilla, quien confesó en una magistral pieza periodística que su primer vestido de muñecas se lo ayudó a confeccionar su padre, el general Lucio V. Mansilla, para que la costura saliera del ámbito íntimo y femenino e ingresara a la arena de la contienda político-cultural. Tenía que alinearme junto a las costureritas militantes de Alfonsina Storni para convertir al pudor de género en fuerza y a la vergüenza de clase, en arma. Tenía que aprender a reposar en el diván de Tamara Kamenszain, para que todos esos nudos íntimos afloraran...

Pero miento, algo cosía mi madre antes de que yo fuera a ese curso. Eran prendas elementales, pero prendas al fin. Me veo a los seis o siete años disfrazada de sol patrio, con una túnica de color amarillo oro que me ha hecho mi madre, recitando un versito escueto en un acto escolar. Estoy ahí parada en el centro del patio, con mi túnica brillante y mi fabulosa cabellera suelta, frente a todos. Me duele la panza del miedo, pero al parecer hago lo



mío bastante bien porque el aplauso no tarda en precipitarse y con él, mi retirada. Me siento orgullosa y a mis anchas en el papel de sol que me han asignado las maestras. A mis seis o siete años es casi una costumbre que incluso gente desconocida elogie mi rubia melena. Mi cabeza imanta miradas, comentarios, halagos. Adoro el colegio porque allí aprendo a leer y a escribir, con *Mi amigo Gregorio*, un libro de lectura que tiene a un tigre como protagonista. El fascinante mundo animal de las letras comienza a manifestarse como una segunda naturaleza: máscara y ropaje, simulación y capilaridad. Mi cabello es visto como real aunque yo lo viva como treta: justa revancha de la *uncayag* huarpe que llevo en la sangre sin que la adusta escolaridad blanca se haya hasta el momento enterado.

De mi tatarabuela Carmen Nuñez, último cacique huarpe de la zona cuyana del *Allentiac*, terminé hablando en la reunión de fin de año del Grupo de Estudios Andinos, intentando explicar cómo es que la necesidad de saber me ha llevado allí (acabo de participar en unas Jornadas sobre literatura argentina y vanguardia, en el MALBA, y ambos campos disciplinares parecen a primera vista incompatibles). Una de las chicas de la Universidad de Salta me pregunta si voy a escribir la historia que acabo de contarles, y entonces comienzo a

pensar en esta crónica, un poco para terminar de explicarme y otro poco porque me quedo con una sensación de fragilidad que tarda días en irse. La historia de mi abuela huarpe es como una rama troncha, un vacío que con los años se agiganta.

David Viñas dice que los indios son los “desaparecidos” del orden capitalista, arrasados por el positivismo darwinista, juzgados como inferiores, expoliados de sus tierras. Lo dice a la vuelta de su exilio en México y a la vuelta de todo: tanto esfuerzo para borrarlos del mapa, y sin embargo...

De mi tatarabuela solo queda un daguerrotipo que mi hermana, la historiadora, ha estampado en el grueso lomo de su tesis de doctorado, publicada en 2012. Según ella su nombre cristiano se le otorgó después de haber contraído nupcias con Francisco Nuñez, un baqueano del General San Martín en el Cruce de los Andes. El relato familiar dice que tanto ella como su hija Sara, la madre de mi abuelo, eran mujeres de carácter fuerte, que fumaban en pipa y vivieron más de cien años. La fotografía muestra la firmeza de su porte: los rasgos indios se imponen por sobre las prendas de vestir occidentalizadas, mientras una mano descansa en la cintura la otra parece sostener un cayado o, quizá, el caño de una escopeta.



OBRAS DE PAULA ALONSO.

En los últimos años mi hermana menor recupera el linaje italiano, español y francés de nuestros abuelos y tramita la nacionalidad europea. Sube los datos de todas las partidas de nacimiento y de defunción recuperadas al sitio *Family Search* y el gran árbol genealógico se abre en todas sus ramificaciones europeas: la rama francesa por parte de mi abuela materna, la rama española por parte de mi abuelo materno, y la rama italiana por parte de mis abuelos paternos. El árbol se ramifica en nombres, fechas, descendencias. La rama huarpe va de Sara a Carmen y ahí queda: trunca. Los interrogantes no tardan en ovillarse.

Revisando censos y actas bautismales saltan de pronto datos insospechados: Francisco Nuñez no era el esposo sino el padre de Carmen (el censo de 1869 registra que tanto él como su madre, Cleofa Arias de Nuñez, no sabían leer ni escribir), la cual nace en 1862. El censo de 1895 registra que, para entonces, Sara y Carmen son solteras, saben leer y escribir y, según se apunta en la columna “Enfermo, sordo-mudo, idiota, loco o ciego”, Carmen se encuentra “enferma”. Sara fue la primera de los cinco hijos naturales que tuvo Carmen: según las fechas consignadas, la parió a los once años.

Hay una extraña microhistoria, recogida en el volumen *Cuentos ocultos* de Domingo Faustino Sarmiento, que dice así: “Una de las indiecitas repartidas en las familias se obstinaba en no hablar su lengua natal, aun con los niños de su raza. Le regalaron una muñeca y en el alborozo de su corazón, prorrumpió en un interminable monólogo, en lengua que ni la muñeca ni los presentes entendían. Esto les pasa a los pueblos también. En los grandes conflictos, hablan su lengua propia, la de su raza, con el tinte de sus antecedentes históricos y literarios.”

La historia de mi tatarabuela oscila entre el relato familiar, que la recordó como *yñaca* (princesa), y estas microhistorias de “indiecitas” olvidadas por la retórica triunfalista y macha que se impuso, luego de acaecida la Campaña del Desierto (1878-1885). En la década en que nace mi bisabuela Sara Nuñez se concretiza el programa liberal de Sarmiento y de Alberdi, alterando el espíritu romántico que acaso agitaba legítimamente sus propuestas en aras de la concentración del capital y de una ideología indofóbica que, a la vez que sintonizaba con los flujos del mercado mundial y consideraba a los indios como enemigos prioritarios y generalizados del sistema, se “servía” de ellos de todos los modos posibles.

Si algo sabían los huarpes era servir. Mansos y pacíficos eran reclutados y llevados a Santiago de Chile, desde los pretéritos tiempos de la Colonia, para trabajar en las minas u oficiar de mayordomos y sirvientes. Se los prefería incluso a los mapuches, tenidos por belicosos y taimados que hacían reventar a los misioneros que intentaban evangelizarlos en la primera de cambio. Los documentos explican así su lenta desaparición. Afincados históricamente en el sistema lagunar de Guanacache, hasta entrado el siglo XVII el grueso de los hombres era expatriado de su comunidad y llevado a trabajar a las minas o a las ciudades; quedaban solas las mujeres y sus hijos. No sorprende, por tanto, que se instalara el sororato y el levirato, y que el proceso de acriollamiento terminara luego de disgregarlos.

A esta altura, lo huarpe se me antoja muñeca de trapo, lengua (*nanat*) muda en boca de una indiecita de once años que debe tejer un relato con palabras que iluminen su presente: ¿podrán la luna (*cher*) y las estrellas (*kot*) abrigar tanto desamparo?

Los huarpes adoraban a una divinidad central que —suponían— moraba en las altas cumbres: *Hunuc Huar*, a la cual temían y respetaban. Eran grandes caminadores y para atravesar la montaña, por ejemplo, solían ofrecerle productos naturales, como maíz, chicha y plumas de avestruz. A sus muertos los enterraban con la cabeza dirigida a *zhic*, la Cordillera, en dirección hacia donde habitaba su dios, junto a las ofrendas que debían servir de provisión para el viaje. Con cantos y danzas se despedía al difunto y luego se sucedía una gran borrachera. Los parientes observaban un duelo que consistía en pintarse la cara y estarse algún tiempo sin lavarla. Otros genios menores del panteón huarpe eran el Sol, la Luna, el lucero del alba, los ríos y los cerros.

Al parecer, la única leyenda que puede vincularse con los huarpes y que ha llegado hasta nuestros días, ligeramente deformada, es la que cuenta sobre un indio que viajaba a su tierra en las cercanías del valle de Caria con su mujer embarazada. Durante el trayecto la parturienta da a luz y muere; ante la necesidad de alimentar al recién nacido y no teniendo otro recurso, el desesperado padre puso a su hijo en el pecho de la difunta, del cual prodigiosamente brotó leche con la que pudo saciarlo. Esta leyenda tiene coincidencia en sus aspectos generales con el culto popular a la “Difunta Correa”, cuyo santuario en San Juan actualmente sigue siendo visitado por miles de fieles de toda Argentina.

Sara Nuñez era la sierva, la criada, de Giacomo Nespolo, un italiano nacido en 1863 en Rapallo que viaja a San Juan para cultivar la vid y “hacerse la América”. Desde que deja la miseria de Italia y se instala en la provincia cuyana pasan unos años de pérdidas sucesivas: mueren su primera mujer y sus pequeñas hijas. Intenta suicidarse y falla. Lo cuida la india con la que, unos cuantos años después, tendrá cuatro hijos: el mayor de ellos es mi abuelo Juan. El año en que yo nací, Sara cumplía cien años. Cantidad de fotos familiares de entonces, la muestran rodeada de hijos, nietos y bisnietos.

En mi escaramuza virtual por la Biblioteca de los Maestros, doy con un libro de lectura escolar de la zona cuyana, publicado en la década de 1930, que apunta la fundación de las ciudades de Mendoza, San Juan de la Frontera y San Luis de Loyola —como se las llamó entonces— en 1561 y 1562, y explica: “Este país era habitado por los huarpes, que sumisos y de trato suave, fueron repartidos en encomiendas a los encomenderos para saciar el afán de atesorar fortunas. Tratados bestialmente, forzados a penosísimos trabajos, tuvieron que abandonar a sus familias, que la mayoría no volvió a ver más, dejar sus cultivos y pasar la cordillera a pie para ir al trabajo forzado de las minas de Chile y poder pagar tributo (...). Esta conscripción civil, en la que bajo el nombre de mita, yanacona o encomienda fueron sometidos los indios para morir a millares, forma la página negra de la historia de la conquista española”. El libro es un manual que recoge las más diversas fuentes y está destinado, según indica, a niños de quinto y sexto grado de la región de Cuyo. Me pregunto si habrá sido el manual de estudio utilizado por Américo Calí, gran promotor de la Generación Regionalista del ‘25 en Mendoza, maestro de escuela de Antonio Di Benedetto en esos años. Encuentro allí, en el apartado “Etimología y Folklore”, que la palabra *Aballay* es un antropónimo que significa: “el hijo del tejedor”. ¿Di Benedetto tendría presente ese remoto sentido del nombre al escribir la historia de ese gaucho penitente que, para expiar una muerte, decide no bajarse nunca de su caballo? Y más luego, al salir de la detención forzada que le impusieron los militares apenas sucedido el Golpe del ‘76 y publicar ese relato en España, en el volumen *Absurdos* (1978), ¿habrá comentado estos asuntos con su amigo Daniel Moyano, también exiliado político en esos años? ¿Será ese el secreto hilo que une al *Aballay* de Di Benedetto con la familia Aballay que Moyano da vida, en su novela *El vuelo del tigre* (1981)? Preguntas, horadaciones o rodeos que nos acercan a la incandescencia de las amistades literarias y las influencias, pero no resuelven el enigma.

Quien teje lleva la memoria de sus tejidos en el cuerpo. Cuando mi madre estuvo internada por más de un mes, la mayor parte del tiempo inconsciente, no dejaba las manos quietas. En ese tiempo yo estaba tejiéndole un suéter de algodón blanco a mi hija y toda vez que me tocaba cuidar

a mi madre, de día o de noche, llevaba mi tejido. En algún momento se me ocurrió ponerle un pedazo de ese hilo rústico entre los dedos: de inmediato comenzaron a moverse como si llevaran un tejido. Mi madre me enseñó a tejer de tan chica que no recuerdo el momento en que aprendí, quizá de tan solo verla. Nos tejía a todos: tejía en el colegio, mientras miraba la televisión o cuando simplemente quería descansar. A veces pienso que fue ese hilo que tuvo enredado entre los dedos hasta que volvió a la conciencia, lo que la mantuvo con vida.

Los huarpes eran maestros en el arte del tejido y la cestería: sus tejidos eran tan resistentes y apretados que servían para trasladar agua sin que se derramara una sola gota. Parcos en el decir y sin ánimo de expansión imperial, se ha perdido el rico espíritu de las imágenes y modismos que nutría su lengua. Lo poco que conocemos del habla huarpe nos ha llegado mediado por la doctrina y la mentalidad cristiana: un léxico incompleto de palabras apuntadas por un sacerdote español, el Padre Luis de Valdivia, misionero jesuita que se ocupó en tareas lingüísticas a comienzos del 1600, al reducir a “Arte y Vocabulario” las tres principales lenguas indígenas de antiguo Reyno de Chile (el Araucano que –según dice el autor– dominaba en su tiempo todo el Chile trasandino hasta el mismo pie de la Cordillera y, por otra parte, las dos lenguas huarpes propias de los indios de la región de Cuyo, el Allentiac y el Millcayac). No obstante el escueto registro, esas palabras nos permiten asomarnos al misterio de su existencia, una mirilla desde la cual observar retazos de su lirismo, una arcana corriente que recibió influjos del quechua y del aymara, durante el proceso de incaización que se dio previo a la llegada de los españoles.

Si para el caribe salvaje el arco iris es “el penacho de Dios”, y el pulso, “el alma de la mano”; si para el indígena del norte la Vía Láctea es “el camino de las almas”, y el guaraní de la intrincada selva tropical tiene al colibrí como un pájaro sagrado que anuncia el paraíso, ¿qué imágenes habrá inspirado al huarpe el grandioso espectáculo de sus montañas o el espejar de sus ríos bajo un cielo estrellado? El secreto ideario de sus vidas permanece hoy tan inaccesible como el de sus grabados y pinturas, plasmados sobre las piedras cordilleranas, plenos de líneas complejas y de emblemas zoomorfos. Solo sabemos con certeza que, para esta cultura, “tierra” se decía *teta*, que a partir de “sol” (*tekta*) se formaban los vocablos “eternidad” (*chu-tekta*) y “vestir” (*tek-manen*) y, también, que en el verbo “escribir” se reunían dos palabras: *killka-taunen* (*killka/* signos y *taunen/poner o parir*) “parir signos”.

No es un eufemismo, ni un subterfugio: hubo un idioma de la tierra y algunas mujeres de mi familia lo hablaron.



#### \*Documentos y bibliografía consultada y/o citada:

Ver de Eduarda Mansilla el artículo “Educación de la mujer” (*La Nación*, 28 de julio de 1883, Año XIV, Núm. 3872), de Alfonsina Storni sus columnas periodísticas (*Urbanas y modernas. Crónicas periodísticas de Alfonsina Storni*, Valencia, Barlin Libros, 2019) y de Tamara Kamenzain, *El libro de los divanes* (Buenos Aires, AH, 2014). Es Salvador Canals Frau quien se refiere al dialecto Allentiac como “la lengua de la tierra”, aun conociendo el término autoglotónimo “mapudungun”, en: “La cultura de los Huarpes” (en: *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, III, Mendoza, 1942, pp. 289-322). De Canals Frau ver también: “Los Huarpes y sus doctrinas. Un documento” (en: *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, VI, Mendoza, 1945, pp. 71-94); “La lengua de los Huarpes de Mendoza” (en: *Anales...*, III, 1942, pp. 157-184); “La lengua de los Huarpes de San Juan” (en: *Anales...*, II, Mendoza, 1941, pp. 43-167); *Las poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen, su pasado, su presente*, Buenos Aires, Hispamérica, 1986. *San Juan. Libro de lectura para V y VI grado y de información y consulta para el III grado de acuerdo a los programas en vigencia*, de Odín Gómez Lucero, San Juan, Consejo Provincial de Educación, 1936. Eugenia Néspolo, *Resistencia y complementariedad, gobernar en Buenos Aires*, Tesis de doctorado defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 2006, y publicada por Escaramujo editorial en 2012. David Viñas, *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2013. Domingo Faustino Sarmiento, *Cuentos ocultos* (Investigación y selección de Hugo Ditaranto, Marisa Escobar y Pablo Kantor, Buenos Aires, Besana, 2011), “Los Huarpes” y “La historia de mi madre” en: *Recuerdos de provincia*, La Biblioteca Argentina - Serie de Clásicos, Barcelona, Agea, 2001. Bartolomé Mitre, *Lenguas Americanas. Estudio bibliográfico lingüístico de las obras del P. Luis de Valdivia sobre el Araucano y el Allentiac, con un vocabulario razonado del Allentiac* en: *Revista del Museo de La Plata*, VI, La Plata, 1894, pp. 45-99. La referencia a la leyenda huarpe en relación al culto de la “Difunta Correa” la realiza Catalina Teresa Michieli, *Millcayac y Allentiac: los dialectos del idioma huarpe* (Universidad Nacional de San Juan, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, San Juan, 1990); ver además: *Antigua Historia de Cuyo* (San Juan, Ansilta editora, 1994). Antonio Di Benedetto, *Cuentos completos* (Edición al cuidado de Jimena Néspolo y de Julio Premat, Adriana Hidalgo, 2006). Daniel Moyano, *El vuelo del tigre* (Buenos Aires, EALA - Corregidor, 2016. En esta misma colección se encuentran reunidos los escritos periodísticos de Eduarda Mansilla). Las Jornadas a las que aludo se realizaron en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires, los días 20 y 21 de octubre de 2021, “Jornadas Norah Lange / Oliverio Girondo”, aquí mi intervención: <https://www.youtube.com/watch?v=AF1OdlKICss>